

por boca de los profetas, que su ley sería eterna como Él, inmutable como Él, y los Judíos deducen que la revelación cristiana es falsa, por el solo hecho de pretender abrogarse la ley antigua. Y si realmente la revelación implica la verdad absoluta, no vemos qué pueda responderseles. No atreviéndose ya los defensores del cristianismo á colocarse en el terreno del progreso como los primeros Padres de la Iglesia, han recurrido á una ficción; porque ¿qué otra cosa es la distinción entre la antigua ley, que es la *figura*, la *materia*, y la nueva ley, que es la *realidad*, el *espíritu*? Esta distinción que debe probar la identidad de las dos leyes, ¿no prueba, por el contrario, su diversidad y el progreso efectuado por la ley nueva? ¿No triunfa la *realidad* sobre la *figura*, el *espíritu* sobre la *materia*? Si se quiere inducir la identidad de las dos revelaciones, se va á parar á un verdadero contradictorio, la ley que admite la pena del talion. ¿Puede ser idéntica á la ley que manda soportar la injuria, y que, lejos de consagrar la venganza, repueba hasta la justicia? ¿Ser idénticas las dos leyes, cuando los Padres de la Iglesia enseñan que la observación de los mismos preceptos que bajo el imperio de la ley antigua era una condición de salvación es un pecado mortal bajo el Evangelio!

Es menester volver á la doctrina de los Santos Padres y proclamar resueltamente que el Evangelio fué un progreso respecto de la ley de Moisés, lo cual implica que la revelación es progresiva por su esencia. ¿Qué viene á ser entonces la pretensión del cristianismo de ser la verdad eterna é inmutable? Para que la revelación de Jesucristo fuese la última palabra de Dios, sería preciso suponer que las causas por las cuales la revelación era progresiva hasta su venida cesáran después de la predicación de la *buena nueva*, y esta suposición es un nuevo absurdo: ¿por qué admiten los Padres de la Iglesia un progreso en la revelación? ¿Por qué las ideas de los hombres se transforman sin cesar? ¿Acaso no ha sucedido lo mismo desde el establecimiento del cristianismo? ¿Por ventura nuestros sentimientos son todavía los de los Judíos y Gentiles del tiempo de Augusto? ¿Creemos todavía en los demonios y en los poseídos, que tan gran papel desempeñan en vida de Jesucristo y de los apóstoles? ¿Creemos aún en el próximo fin del mundo? ¿Son las mismas nuestras nociones sobre el cielo

y la tierra? ¿No han experimentado ningún cambio las preocupaciones cristianas sobre el matrimonio, la propiedad y las riquezas? Si la sociedad continúa progresando, también la revelación debe continuar siendo progresiva.

Esto es tan evidente, que los católicos, defensores por excelencia de la verdad inmutable y absoluta, se ven obligados á admitir un *desarrollo* de la verdad á través de las edades; ó esta palabra carece de sentido, ó designa bajo otra forma el principio del progreso; como la entienden los católicos es una verdadera astucia inventada por la necesidad de su causa; ¡el medio de creer que la Trinidad fuera un *desenvolvimiento* de la antigua ley, cuando los Judíos eran adoradores celosos del Dios único, y hubieran rechazado como sacrilego el pensamiento de darle un Hijo y asociarle una tercera persona! ¿Qué hemos de decir de la Inmaculada Concepción? ¿No es ridículo presentar como *desenvolvimiento* de la creencia que Dios tiene una madre, cuando esta creencia es extraña, no solamente á la antigua ley, sino hasta á los primeros cristianos que no creían ni que Jesucristo fuese Dios? Si se toma la doctrina del *desenvolvimiento* en el sentido de que el pasado prepara al presente, y el presente engendra para el porvenir, entonces se confunde con la doctrina del progreso, y es preciso darla su verdadero nombre, en lugar de disfrazarla de modo que pueda negar el progreso, cuando reprime el espíritu de dominación de una Iglesia ambiciosa; Roma no aceptará nunca francamente el dogma de la perfectibilidad, porque implica que el cristianismo no es la última palabra de Dios; y ¿qué sería entonces la promesa hecha á San Pedro y á sus sucesores? Siempre vamos á parar al interés de la Iglesia como al verdadero principio de la revelación milagrosa; si es cierto que la ha dado nacimiento la superstición, también lo es que está sostenido por el espíritu de dominación; hé aquí por qué tiemblan los celosos á la sola palabra progreso. Para encontrar los gérmenes de la revelación progresiva, es necesario que dejemos la Iglesia y nos dirijamos á los libres pensadores y á los cristianos reformados.

II.

Creeríase encontrar la idea de una revelación progresiva en el campo de los libres pensadores:

enemigos natos de una religión que se dice expresión de la verdad eterna é inmutable; ¿no deberían enarbolar la bandera del progreso contra la inamovilidad de la Iglesia? Sin embargo, ¡cosa notable! los deístas ingleses reivindican para su religión natural el mismo privilegio de perfección é inmutabilidad. *Tindal* y *Bolingbroke* se afanan en probar que la ley natural existe desde el origen del mundo, y que siendo esa ley emanada de un sér perfecto, debe ser también perfecta, por lo cual no debe experimentar ningún cambio. ¿No es Dios siempre y esencialmente el mismo? El hombre, por su parte, ¿ha cambiado desde que salió de las manos del Creador? Si Dios y el hombre son los mismos, las relaciones entre el Creador y la criatura, y las de los seres creados entre sí, deben también ser las mismas; además, no se concibe que un legislador, que es la perfección misma, haga una ley imperfecta: si la ley emanada de Dios se perfeccionase, ¿no significaría esto que el mismo Dios va perfeccionándose? (1).

Cuesta trabajo comprender que los adversarios del cristianismo revelado le opongan una doctrina que está sujeta á las mismas dificultades que la revelación; pregúntase si los deístas no se propondrán un fin oculto al decir que la religión natural es la expresión de la verdad absoluta é inmutable; hay veneno en la doctrina de *Tindal*: á primera vista parece un apologista de la religión cristiana, sosteniendo que es idéntica á la religión natural, y, por consiguiente, tan antigua como el mundo; los ortodoxos tienen razón para repudiar á este aliado, porque es un enemigo. No, el cristianismo, tal como se le entiende en Roma y en Ginebra, no es la religión natural; porque ¿de qué sirve la venida de Cristo si los hombres poseían, desde el origen del mundo, una ley emanada de Dios, de la cual el Evangelio no era más que una repetición? ¿Había de haber encarnado el Hijo de Dios para hacer una nueva edición, ni corregida ni aumentada, de la ley de la naturaleza? ¿Qué sería entonces de los misterios, ese elemento esencial de la revelación milagrosa? Estas objeciones nos descubren el fin secreto de los deístas, cuando identifican la ley natural y la revelación.

En la doctrina de los libres pensadores, no tie-

(1) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 3, 60.—BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. v. p. 189 y siguientes.

ne ya razón de ser la revelación; la insuficiencia de la razón y de las leyes que establece es el gran argumento de los apologistas para probar la necesidad de la revelación; pero si el cristianismo existía antes de Cristo, ¿qué falta hace un Dios que se encarna para enseñar á los hombres lo que ya saben? ¿Qué falta hace turbar el orden de la naturaleza por medio de milagros sin cuento para enseñar á los hombres una ley de salvación que ya conocían? Evidentemente la revelación viene á ser un excitante más que inútil, es una imposibilidad moral; todavía más: con el principio de los deístas es fácil probar que la revelación es una ilusión, cuando no un instrumento de dominación. La ley natural es perfecta, es la verdad absoluta; por tanto no se le puede cercenar nada sin hacerla imperfecta; y ¿qué podría añadirse sino creencias arbitrarias? (1). Aquí se detiene *Tindal*; nosotros vamos á completar su pensamiento. ¿No habrá en eso una revelación que contenga menos que la ley natural? Hemos recordado los violentos ataques contra la ley antigua; ¡se la dice revelada, y guarda silencio sobre la inmortalidad del alma! ¿No es esta una prueba evidente de que esa pretendida revelación no es revelada? ¿Se concibe que Dios haya dado á los hombres la ley natural, que es perfecta y enseña que el alma es inmortal, y después les revele, por vía milagrosa, una religión imperfecta que ignora la vida futura? Hay otra revelación que tiene la ambición de completar la ley natural, añadiendo á ella misterios; una nueva imposibilidad: ¿se concibe que Dios haya dejado á los hombres, durante millares de años, en la ignorancia de las verdades necesarias para su salvación? Esto es tan incompatible con la sabiduría como con la bondad del Sér que es todo bondad y sabiduría; luego no puede haber verdades nuevas en una religión revelada; por tanto, no hay misterio, y la revelación que consiste en misterios es una ilusión.

Tal es el verdadero pensamiento de los deístas; la perfección de la ley natural es un arma de guerra; pero las armas que no son más que instrumentos de destrucción, sin estar templadas en la verdad, son peligrosas y pueden volverse contra aquel que las emplea. Los apologistas, lastimosamente flojos cuando se trata de establecer la nece-

(1) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 10, 8-5.

sidad de una intervencion milagrosa de Dios, recobran las fuerzas cuando atacan la ley natural, y no les cuesta trabajo probar que la perfeccion y la inmutabilidad de esa ley son una quimera; niegan que el hombre sea el mismo en su infancia y en su edad madura: niño, no tiene más que instintos; adulto, goza de su razon; ¿se sostendrá que basta la misma ley para el niño en la cuna y el hombre ya formado? La realidad da á cada paso un mentís á semejantes sueños; consultad las creencias de los pueblos, y las veréis variar segun los lugares y los tiempos; los ortodoxos deducen de aquí que la ley natural no contiene nunca más que una verdad relativa, y que es perfecta con respecto á las circunstancias; pero la perfeccion relativa no es la verdad absoluta, que no puede emanar del hombre; esto sería decir que la imperfeccion engendra la perfeccion. Únicamente Dios puede revelar la verdad entera (1).

Los deístas ingleses eran hostiles por sistema á la idea de una religion progresiva. Entre los filósofos franceses desempeña un gran papel la perfectibilidad, que es el dogma que los inspira y del cual son los apóstoles; pero no le aplican á la religion, porque no admiten que la religion sea perfectible; para ellos, el progreso, con respecto á la religion, consistiría en no tenerla; al confundirla con la supersticion, no ven en ella más que una obra de error y de impostura, y una revelacion progresiva de la verdad religiosa hubiera sido á sus ojos el colmo del absurdo. Sin embargo, los libres pensadores, y hasta los incrédulos, han trabajado, sin apercibirse de ello, para edificar la religion del porvenir. Si el hombre es perfectible, todas las manifestaciones de su pensamiento deben obedecer á esta ley de su naturaleza; ó no existe el progreso, ó es una ley general; así es como los filósofos lo entendian; excluían la religion de su sistema, porque no veían en ella más que fraude y tonterías; pero mantenían la religion en su esencia, bajo el nombre de ley natural ó ley moral. La ley natural debe ser perfectible, tanto como la filosofia de que es una dependencia; esto vuelve á decir que la religion es progresiva. No fueron los libres pensadores los que sacaron estas consecuencias; desdeñaban demasiado la religion para comprenderla en sus esperanzas y sus aspiraciones; para encontrar

(1) LELAND, a *Defence of christianity*, t. I, p. 27.

el primer germen de la revelacion progresiva es preciso entrar en el campo de la Reforma.

N.º 3. — *La idea de la religion perfectible.*

I.

Los primeros pasos de los reformados en la vía del progreso fueron muy tímidos, y no podían ser de otro modo. En efecto, el protestantismo ortodoxo mantiene el dogma de la divinidad de Cristo, y por tanto, la idea de una revelacion milagrosa; admitir que la religion cristiana era perfectible, ¿no era decir que la razon del hombre podía perfeccionar la obra de Dios? Para que hubiera progreso en una religion emanada de Dios se necesitaría nada ménos que de una nueva revelacion. Sectarios cristianos, entre ellos un Padre de la Iglesia, sueñan en una tercera revelacion, la del Espíritu Santo, en tanto que atribuyen la primera y la segunda al Padre y al Hijo (1). Estos sueños no eran del gusto del siglo XVIII, siglo filosófico cuyo espíritu inspiraba á aquellos mismos que combatían á los filósofos. Quedaba el principio del des envolvimiento, imaginado por los católicos para conciliar una revelacion inmutable con las necesidades de la vida, esencialmente mudable y progresiva; pero precisamente porque era de origen romano, esta doctrina era sospechosa á los protestantes, y no podían aceptarla, porque al aceptarla hubieran necesitado volver al seno de la Iglesia cuyo despotismo había provocado la Reforma.

Sin embargo, los reformados del siglo XVIII veían que se habían operado en su fe modificaciones considerables cuando la comparaban con la de los reformadores. ¿Cómo explicar esta trasformacion? ¿Cómo conciliar el cambio, el progreso, con la revelacion milagrosa de la verdad? Para salir de apuros, apelaron á una distincion que es una revolucion. Es preciso no confundir, dicen, la religion con la teología. La religion es en su esencia un movimiento interior que regenera el alma. La teología es la ciencia de los dogmas; solamente la religion es divina; en cuanto á la teología, es una obra del espíritu humano, como todas las ciencias; es, pues, cambiante, y obedece á las leyes del progreso: tal es la doctrina de *Semler*, confusa é indi-

(1) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo y la Reforma*

gesta, como todo lo que este estimable hombre ha pensado y escrito (1). Fácil es convencerse de la falsedad de la distincion. Si la teología obedece á la ley del progreso, lo mismo debe suceder con la religion. Cedamos desde luego la palabra al célebre teólogo.

Semler es un cristiano sincero; educado por los pietistas, conservó siempre esta piedad íntima que caracteriza á los verdaderos discípulos de Cristo; sin embargo, hay en él un soplo del siglo XVIII, si no de su incredulidad, al ménos del sentimiento de perfectibilidad que era la religion de los filósofos; no vacila en declarar perfectible la filosofia, y le agrada citar las palabras de Séneca y de Bacon, que abren horizontes infinitos al espíritu humano. Si la ciencia es progresiva, ¿no lo debe ser igualmente la religion? Á esta pregunta no da *Semler* respuesta neta y precisa; para la teología, está conforme con que es esencialmente cambiante; en su lenguaje, tan bizarro y tan oscuro como su pensamiento, dice que cada edad tiene su *teología local*, de lo cual resulta que la *fe cristiana* no es siempre la misma. “Yo mismo, al leer los dogmáticos escritos de los siglos XVI y XVII, siento que no participo de las creencias de los teólogos de esa época. ¿Y en qué nota la disidencia? En puntos que constituían la esencia de la Reforma, tal como se la comprendía entonces: “Yo no puedo creer, continúa *Semler*, que el hombre nazca en pecado mortal y que esté condenado al nacer.” (2).

¿Quién no ve que el cristianismo de *Semler* no es el de los reformadores? No cree en el pecado original tal como Lutero y Calvino le definían; pero si el hombre no está profundamente decaído, ¿á qué un Reparador? No cree que el hombre, en su estado natural, esté condenado; pero entonces, ¿para qué hace falta un Salvador? ¿Para qué se encarnó el Hijo de Dios, si los hombres podían salvarse antes de su venida y sin el recurso de su revelacion? Cercenad la caída y sus terribles consecuencias, y el cristianismo que quede será una religion enteramente distinta del cristianismo tradicional. Se ha operado una profunda trasformacion en las ideas religiosas; esta trasformacion constituye un progreso; luego la religion es progresiva.

(1) SEMLER, *Erklärung über einige theologische Aufgaben* (Prefacio).

(2) SEMLER, *Lebensbeschreibung*, t. II, p. 223 y sig., 347 y siguientes.

En vano distingue *Semler* entre la religion y la teología: la teología, en cada época, no es más que la expresion científica de la religion; quitad á San Agustin su dogma del pecado original, y le quitaréis con él su religion y su cristianismo; si *Semler* continúa llamándose cristiano, aun prescindiendo del pecado original, es de toda evidencia que su religion no es la de San Agustin. En efecto, á los ojos del Padre latino, como á los de todos los ortodoxos, católicos ó protestantes, la fe en ciertos dogmas constituye la esencia de la religion. La religion de *Semler* no se confunde ya con el dogma, pues que desecha las creencias principales del cristianismo tradicional. ¿Á qué se reduce, pues, el cristianismo del teólogo alemán? Despojándole de su hábito cristiano, se queda en una religion del alma, que es vecina cercana de la moral de los filósofos, sus contemporáneos.

Resta decir que *Semler* rechaza la autoridad de la Iglesia, puesto que es protestante: ¿qué piensa de la Biblia, ese archivo santo de Lutero, sin el cual no habría Reforma? No habla de ella con irreverencia, como los filósofos; pero respetándola y todo, no quiere que se haga de ella la esencia de la religion cristiana; *Semler* se subleva contra la estrechez de esta concepcion, en la cual ve un resto del particularismo judío. Para el pueblo de Dios, la ley era un contrato verificado entre el Creador y una insignificante minoría de sus criaturas; todo el resto de la humanidad era ajeno á las promesas, así como á las esperanzas mesiánicas; el punto de vista de *Semler* es más amplio, es en el fondo el de la filosofia; Dios no se revela exclusivamente á un pequeño pueblo de Oriente: universal por su esencia, su palabra también es universal; pero no habla el mismo lenguaje á todos los hombres: aquí le sirven de órganos los profetas; allá poetas ó filósofos; no es ridículo querer hacer de una de las fases de la revelacion divina la ley de todo el género humano hasta la consumacion de los siglos? (1). Los libros santos, así como todos los demás, están destinados á un cierto público, á lectores y á oyentes imbuidos de ciertas ideas y aun de ciertas preocupaciones: la Biblia se dirigía á los Judíos y no á los Griegos; ahora bien, dice *Semler*, y lo repite hasta la saciedad, nosotros no so-

(1) SEMLER, *Zusätze zu Lord Barringtons Versuch über das Christenthum und den Deismus*, p. VIII.

mos Judíos: nuestra lengua, nuestros sentimientos, nuestras costumbres, todo ha cambiado; luego ¿por qué se nos quiere imponer como ley de salvación libros que no comprendemos ó que no llegamos á comprender más que con el esfuerzo de las ciencias? (1).

Semler se refiere tanto á los Evangelios como á las Epístolas de los apóstoles, diciendo que es absurdo confundir el cristianismo con libros que fueron compuestos para necesidades particulares, que se dirigían á un público muy reducido, y que, por consecuencia, debían acomodarse á los gustos, á las tendencias y á los prejuicios de aquellos á quienes los discípulos de Cristo querían convertir. ¿Á quiénes estaban destinados los primeros escritos evangélicos? Á los Judíos y á los Gentiles; es preciso repetir aquí lo que Semler acaba de decir: ya no somos Griegos ni Romanos del siglo de Augusto, ni somos Judíos; luego no habiendo sido dirigidos esos libros á nosotros, ¿por qué se les ha de querer convertir en la vía invariable de nuestra salvación? Verdad es que tanto la Iglesia como los reformadores los consideran así; pero ¿con qué fin? Hay un fin legítimo y otro que es ménos confesable: para el comun de los fieles hace falta una ley que les enseñe cuáles son los deberes que impone la religión, así como necesitan un código civil ó un código penal; los hombres que piensan no tienen necesidad de que se les enseñe el catecismo; pero por sí solos componen una pequeña minoría. Para las masas serían necesarios siempre libros donde encontrasen toda la religión formulada, y hasta una profesión de fe, á fin de mantener la unidad y la pureza de las creencias, y aquí volvemos á tropezar con el interés de la Iglesia; si la Sagrada Escritura ha adquirido la autoridad de una revelación divina, inmutable y eterna, es principalmente porque la dominación de la Iglesia estaba interesada en ello.

Semler, sin tener en cuenta el interés de la Iglesia, pregunta únicamente si las necesidades del pueblo para el cual fueron escritos los libros sagrados son todavía hoy lo que eran en el tiempo de Augusto; hemos respondido de antemano á la cuestión; no hay más que abrir los Evangelios para notar la revolución que se ha operado en nuestras

(1) SEMLER, *Unterhaltungen mit Herrn Lavater über die freie praktische Religion*, p. 122-124, 131.

ideas y en nuestros sentimientos; ya ni comprendemos la lengua que hablaban los Judíos y los Griegos, y este cambio radical es como una imagen de las modificaciones que se han operado en nuestra manera de pensar y de sentir. El mundo fantástico de ángeles, demonios y poseídos que llenan los libros sagrados ha llegado á ser á nosotros extraño, y ha cedido su lugar al mundo real que la ciencia nos descubre y cuya admirable grandeza deja atrás esas pueriles ficciones; nuestros sentimientos morales se han transformado como nuestras ideas, y prueba evidente de ello es lo que dice Semler del pecado original: San Pablo y San Agustín creían en la caída y en sus espantosas consecuencias; hoy la conciencia general protesta contra ese dogma terrible, y su protesta es tan imperiosa, que la teología ha debido tomar cuenta de ella, pues áun manteniendo el dogma, trata de interpretarlo anulándole; podemos, pues, decir con Semler (1) que los hombres no son ya hoy lo que eran hace dos mil años; luego es contradictorio mantener como una ley invariable libros que, por lo mismo que eran buenos para los Judíos y los Griegos, no pueden serlo para nosotros. Sería preciso comenzar por transformarnos en hombres del tiempo de Augusto, si se quería á todo trance atenernos al lenguaje que se hablaba en el primer siglo, y este es un milagro tan imposible como resucitar á los muertos hace dos mil años. Volvamos á la realidad, y digamos con Semler, pero con más decisión, que para hombres nuevos es menester una fe nueva.

En realidad, nuestra fe no es ya la de los primeros cristianos; por una singular ilusión, han creído los protestantes que, aferrándose á la Sagrada Escritura con preferencia á la tradición, volverían al cristianismo primitivo, sin ver que esa vuelta es una cosa imposible. Es verdad que la Biblia permanece siempre la misma; pero la inteligencia de la Biblia cambia y avanza siempre; Semler es una prueba viva de ese progreso: su primera disertación versaba sobre los endemoniados; ¿es que su creencia era todavía la de los discípulos de Cristo ó la del mismo Cristo? (2). Aquel á quien los cristianos adoran como Hijo de Dios pasa su vida en sacar demonios del cuerpo de los poseídos, y da la mis-

(1) SEMLER, *Unterhaltungen mit Herrn Lavater über die freie praktische Religion*, p. 133, 133 — *Zusätze zu Lord Barrington*, página 154 y sig., 185-199.

(2) SEMLER, *Zusätze zu Lord Barrington*, p. 283.

ma misión á sus apóstoles, y hé aquí al teólogo alemán negando que haya hombres poseídos del demonio; después de esto, ¿puede sostenerse que nuestra fe es siempre la misma, cuando los niños no creen ya lo que creía Jesucristo? El diablo representaba un papel importante en el cristianismo primitivo, y era considerado como príncipe de este mundo y rey de los infiernos, que estaban llenos de todos aquellos que habían muerto ántes de Cristo sin conocerle; para salvarlos, el Hijo de Dios, en su infinita caridad, descendió al reino de Satanás; este cuento infantil se apoya en todos los Padres de la Iglesia y en la autoridad de los apóstoles, es decir, en la palabra de Dios; ¿quién cree hoy todavía en esos cuentos de viejas? Lutero los daba ya poca importancia, y Semler no está lejos de mofarse de ellos (1).

Los reformadores del siglo XVI conservaban gran veneración por los Santos Padres, al ménos por los de los primeros siglos; Semler, al contrario, dice que nuestra fe es infinitamente superior á la de los Padres de la Iglesia, y el respeto en él se cambia casi en desden: su cristianismo, dice, era la mitad judío; si Semler se hubiera remontado más alto, y si hubiese tenido el valor de ver claro, habría comprendido que los apóstoles, los doce al ménos, eran del todo judíos; á ellos se remonta la creencia del próximo fin del mundo y de un reino de Jesucristo sobre la tierra renovada, creencia que hace gran papel en los primeros tiempos del cristianismo. Tertuliano, cuya robusta fe no retrocedía ante nada, se atrevió á escribir que había visto la nueva Jerusalén en las nubes por espacio de cuarenta días. Ireneo dió detalles de tales tonterías, que los copistas tuvieron vergüenza de trascribirlas. No hay nada espiritual ni moral en la religión de los Padres, todo es material y eterno: Jesucristo viene por rescatarnos de la servidumbre del diablo, siendo Él el precio pagado á Satanás por nuestro rescate; todo esto es tomado al pie de la letra. Los sacramentos, el bautismo, la eucaristía, son actos mágicos que operan sin el concurso del hombre, hasta sin que tenga conciencia de ellos, sobre el niño que acaba de nacer; ¿es esta todavía nuestra religión? (2). Semler repudia la indigna concepción

que los Padres se formaban de los misterios, mientras que la doctrina tradicional celebra los primitivos tiempos como los más bellos de la Iglesia; el teólogo del siglo XVIII se subleva enérgicamente contra esta pretendida perfección: es un prejuicio al cual da la historia un mentís en cada página, y no necesitamos nosotros de la historia para poder decir que el ideal de la religión no ha podido realizarse desde hace dos mil años, puesto que avanzamos siempre en ciencia y en moralidad (1). Hé aquí una afirmación bien atrevida que recuerda la célebre frase de San Simón: que la edad de oro no está detrás, sino delante de nosotros, y esta es decididamente la bandera del progreso.

Tan convencido está Semler de la marcha progresiva de las ideas religiosas, que cuesta trabajo comprender que haya creído alguna vez en su inmutabilidad; al buscar la razón de ello, la encuentra en la ambición de la Iglesia; que una fe absoluta, revelada por Dios, está naturalmente destinada á abrazar el mundo entero. ¿Qué magnífico destino para la Iglesia, órgano de esa fe! No es nada ménos que una monarquía universal, mucho más extensa que la del pueblo rey, puesto que se extiende sobre todos los seres creados, y mucho más durable, puesto que debe durar hasta la consumación de los siglos; pero lo que es tan magnífico para los que ejercen la dominación no lo es tanto para los que la sufren: nunca ha habido mayor tiranía que la de la Roma cristiana. Semler anda en busca de expresiones con que calificarla: es locura, dice, es necedad, es temeridad, y lo que enfada al más honesto teólogo y le pone más fuera de tino es que todas las sutilezas imaginadas por los doctores griegos han venido á ser otros tantos artículos de fe que es preciso creer, bajo pena de condenación eterna: es menester creer que hay en Jesucristo dos naturalezas y dos voluntades, aunque no haya más que una persona. ¡Es preciso creer que María es la Madre de Dios, y que áun siendo madre quedó virgen! (2). Si el buen Semler hubiera vivido en el siglo XIX, habría oído promulgar como artículo de fe que la Madre de Dios ha sido concebida sin pecado. En verdad no se sabe si tratarlos de locos ó embaucadores, si hay

(1) SEMLER, *Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, páginas 482-491.

(2) SEMLER, *Unterhaltungen mit Lavater*, p. 51-56.

(1) SEMLER, *Versuch*, p. 78, 657; — *Unterhaltungen*, p. 17.

(2) SEMLER, *Zusätze zu Barrington*, p. 44. — *Unterhaltungen*, páginas 71-82, 96, 97.